

llegando—inconscientes unos y otros con todo el ardor de formidables convicciones—á la amplia vía que trajina el acratismo.

La humanidad, al realizar las perennes jornadas del progreso, tiende á su liberación definitiva. Si otro fuera su fin, si sus tendencias fueran otras, no sentiría el mundo á cada nueva conquista de la ciencia en los campos de la superstición, ese indecible bienestar que produce la verdad que se palpa, el error que perece, la cadena que se rompe al golpe de la idea en la noche de la esclavitud.

El criterio sinceramente liberal es una suave pendiente que lleva á la igualdad y á la paz. Quien pone en él la planta, no es fácil que retroceda ya. ¡Son tan satisfactorias y tan gratas las deducciones—silvestres florecillas—que va uno encontrando á cada paso en los bordes del camino!

A medida que se anda, nueva ansia de libertad agita las conciencias. El hecho valeroso que implica en el individuo la rebeldía de un momento contra la imposición de toda una existencia, determina un impulso creador que ya no se detiene jamás.

Así van los hombres que osaron proclamar una vez la soberanía de su criterio, examinándolo todo, deshaciéndolo todo, dando tajos resueltos á las preocupaciones de su vida y dejando á su paso, rotos para siempre, los ídolos de sus antiguos fanatismos.

Ponerse en pie para defender la libertad del pensamiento, es, de todas las acciones de los hombres, la que mayor prestigio y bienestar habrá de darles. Porque en esa libertad tienen su génesis los más fecundos avances de los pueblos.

Es esa la obra que cumple realizar á toda juventud ardiente y sana. En ella casi nunca se conquistan alhagadoras popularidades. Su campo está bien lejos de la arena en que debaten sus ambiciones los políticos. Los triunfos electorales no le pertenecen, ni el sol de los honores oficiales alumbrará jamás sus horizontes. En ella sólo se recoge el dictorio de los traficantes

alarmados y el desprecio temeroso de los pusilánimes. Pero queda al fin en la conciencia el amable dulzor de una victoria que es luz para el pedazo de tierra en que vivimos, parte de la inmensa patria humana, única ante la cual nuestro cariño se prosterna.

Las confederaciones políticas de que tanto se charla en estos días, no son de aquellas que puede ni debe aplaudir el sentimiento de confraternidad. Reunir en uno solo más fuerte los poderes dispersos, es robustecer aun más los lazos de la opresión en que el Estado mantiene á sus constantes tributarios.

La unión de los pueblos se hará precisamente para sacudir los yugos que á cada cual doblegan sobre los arenales de un destino voluntario. El día en que ella se realice, las entidades políticas que hoy pactan proditorias alianzas en nombre de las colectividades sojuzgadas, nada tendrán que hacer con sus legiones de diplomáticos desocupados. Las voces de los pueblos redimidos, serán las únicas que se escuchen entonces, en ese momento de inefable grandeza aún retardado por los esfuerzos unionistas de los políticos que ansían ampliar el escenario de su especulación, dando á la vez mayor consistencia á la fuerza entronizada que conserva y ampara el despropósito de la autoridad.

El puesto, pues, de los trabajadores centroamericanos, está precisamente enfrente de esas confabulaciones diplomáticas que encubren lo innoble de sus procedimientos con mantos de confraternidad.

Porque así pensamos, porque así sentimos, la turbamulta de los privilegiados nos apoda *anarquistas*, dando á esta palabra el falso y triste sentido que se han empeñado en atribuirle.

Pues bien, sea!

Las palabras nunca han llevado á nuestro labio ni á nuestro corazón los temblores del miedo. Las ideas tampoco nos espantan. Seremos anarquistas de buen grado, como anarquistas son también todos los hombres que sienten el respeto de su individualidad.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN